



Universidad
de las Artes

ESCUELA DE
LITERATURA

Ñawpa Pacha

diálogos entre cóndores y manglares

Editor: Arturo Muyulema

COLECCIÓN DOCENTES

PRELIMINAR
cuadernos de trabajo

Autores: Andrea Torres, Melanie Moreira,
Juan Paredes, Yuliana Ortiz, Sebastián Vargas,
Jamely Esmeralda, Milena Coello, Melissa
Uzhca, Diego Encalada, Christian Chalén, Lila
Murillo, Miguel Trujillo, Camilo Aguirre,
Mishell Zambrano, Jorge Bolaños, Paulina
Soto, María Fernanda Hidalgo, Ana Crespo

N.º 06

Volumen N.º 6

Guayaquil, Ecuador
Septiembre 2020- junio 2021

ISSN: 2773-7322

PRELIMINAR
cuadernos de trabajo

UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Instituto Latinoamericano de Investigación en Artes – ILIA, Preliminar Docentes

N.º 6, junio de 2021

Rector: William Herrera

Vicerrector Académico: Bradley Hilgert

Dirección de Investigación y Posgrados: Olga López

ILIA Instituto
Latinoamericano
de Investigación
en Artes



Director: Pablo Cardoso

Coordinación de proyectos ILIA: Carla Salas

Editor: Arturo Muyulema

Editores adjuntos: Carlos Rugel,
y el colectivo Merries: J. A Beckmann,
Paulina Soto y Ana María Crespo

Traductor: Arturo Muyulema

Ilustrador: J.A. Beckmann

preliminar.ilia@uartes.edu.ec

<http://www.uartes.edu.ec/sitio/preliminar/>

CONSEJO ASESOR UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Janina Pinzón

Nivelación

Agustín Garcells

Departamento transversal

Andrés Landázuri

Escuela de Literatura

Diseño de Portada: Carlos Morán

Diagramación: J. A Beckmann

Preliminar publica una edición continua

Boda, Tolstói y tilapias

Wedding, Tolstói and tilapias

Christian Edinson Chalén Jurado*

Recibido: 13 de septiembre 2020

Aceptado: 31 de octubre de 2020

Resumen:

Un día, mochila a cuestas y gracias a una invitación de boda, marché a Cali Cando. Cali, como le llaman sus habitantes, es un recinto escondido entre vergeles, charcas llenas de tilapias y casas inacabadas de cemento. Motivado por el recuerdo de sus campos verdes, por sus infinitas plantaciones de banano y cacao; intento, en las páginas de esta crónica, conservar algo de esta tierra que mi memoria se niega a olvidar. También, les comparto un instante de las vidas de aquellos que labran la huerta con sus manos y que, con amor en demasía, le brindan litros de sudor y raciones generosas de sangre. Aquí, entre los intersticios que nacen en las palabras recorren tradiciones, costumbres y supersticiones de un lugar, que de la mano de don Presbiterio y don Tarquino se descubren como todo un mundo que existe entre lo real y lo maravilloso.

Palabras claves: tierra, montuvio, costumbre, tiempo, tradición.

* Este trabajo fue desarrollado en la materia "Taller de crónica". Universidad de las Artes, Escuela de Literatura. Guayaquil, Ecuador. christian.chalen@uartes.edu.ec.

Abstract:

One day, backpack in tow and thanks to a wedding invitation, I went to Cali Cando. Cali, as its inhabitants call it, is a place hidden among orchards, pools full of tilapias and unfinished cement houses. Motivated by the memory of its green fields, of its infinite banana and cocoa plantations, I try, in the pages of this chronicle, to preserve something of this land that my memory refuses to forget. Also, I share with you a moment of the lives of those who cultivate the garden with their hands and who, with too much love, give liters of sweat and generous portions of blood. Here, between the interstices that are born in the words, there are traditions, customs and superstitions of a place, which, with the help of Don Presbiterio and Don Tarquino, are discovered as a whole world that exists between the real and the wonderful.

Keywords: land, montuvio, custom, time, tradition.

Cali Cando es un pueblito escondido en la abundancia, muy cerca de San José de Naranjal. Cali, como también le llaman, está rodeado de infinitas haciendas de banano, cacao y café, de charcas rebosantes de peces, de chozas construidas con la humildad de la caña que se mezclan con inacabadas casas de cemento. Y no hay calles con asfalto ni aceras, solo torcidos y empedrados caminos por los que transita el campesino hacia el huerto; por donde circulan los perros lánguidos, motos, ancianos, mujeres, y niños exiliados a escuelas tan remotas que sus perfiles se pierden en el horizonte.

También, argumento y causa de estas líneas es Don Presbiterio Mendoza, que echó la casa por la ventana cuando su querida Efigenia rendida en los brazos de un tal Adonis feliz se le casó. En su finca, La Esperanza, hubo aguardiente, convite y bailarines que giraban como trompos al son de una orquesta de nombre Los Mojados.

Es un sábado de boda. Don Presbiterio y don Tarquino (medio hermanos y anfitriones) me preguntan si me gustó el festín. Les respondo que estuvo soberbio y que el alcohol se me ha subido a la cabeza. Mientras ellos ríen yo descubro que todo ha vuelto a su sitio sin la música de Los Mojados, que ya pusieron a reposar su alegría y los instrumentos. Su cantante, un afroamericano imponente con cabello de esponja y de torso espartano, desplomado en una silla, en manos de melopea, parece un guerrero abatido.

El árbol de ceibo junto al estero es un fuerte anciano—comenta don Tarquino—. Cuando llegué al mundo ya estaba y cuando me vaya seguirá ahí. ¡Quién viviera tanto como ese ceibo! Imagínese tener esa experiencia, esos años, esos aguaceros. Mi hermana Raquel fue corriendo a buscar a mi abuela, que tanta paz dejó como llevó, cuando empecé a patear en la barriga de mi mamá que se había abrazado al tronco de ese árbol cuando le vinieron los pujos. Estando yo medio afuera tendió la ropa, puso una olla de agua a hervir y cambió las sábanas para recibir a este cristiano.

Sabe—interrumpió don Presbiterio, cambiando de tema—, ahora no montamos a caballo, ¿lo ha visto? El montuvio ya no usa cabalgadura. Ahora monta un ruido y después se mata en esas motos del demonio. La tierra de Naranjal no se da un descanso, sigue fértil y próspera, pariendo modestos para que la siembren y ricos para que la exploten. Este suelo es un regalo—a don Presbiterio le brillan los ojos—y también un aguacero de suerte que no cae por igual, aunque así lo parezca. Hay campesinos que nacen pobres y mueren pobres y condenan a sus hijos a repetir el mismo destino. Creo que sería mejor que las mujeres y los hombres tengan su propio trozo de tierra, porque al prójimo sin muchas necesidades no se le puede esclavizar. No sé por qué—continúa don Presbiterio que afirma hablar más que un loro— cada que voy por el carretero y veo ese puterío que se llama Casa Blanca me ocurre algo extraño: veo ese lugar y pienso en Guayaquil. Mis hijos dicen que cuando sea más viejo me llevarán a vivir a ese sitio. Yo les digo que mejor me maten. ¡Esa ciudad está llena de locos!

Efigenia y su marido Adonis, un tipo silencioso y encorvado que no hace honor a su nombre, irrumpen en el coloquio. Vea, joven, qué niña más guapa hice—presume don Presbiterio—. Hoy se cumplen

dos años que se fue su esposa, don Presbi, así que no porfíe y bailemos, que ella nos verá desde el paraíso. Y usted—me promete Efigenia dirigiéndose a mí—no ande preocupado por el chuchaqui, mañana hay caldo de gallina criolla. Don Presbiterio se levanta con dificultad, pero radiante. Mientras su hija se lo lleva a la pista para hacer círculos alegres al compás de una melodía imaginaria, yo me dispongo a ir rumbo a una hamaca de cabuya que descubrí bajo un techo de hojas de palmera.

Es domingo. Las charlas con don Presbiterio, Sandra (de quien ya les hablaré) y don Tarquino me han recordado el cuento de Tolstói, ¿Cuánta tierra necesita un hombre? También, la concepción estoica del eterno retorno: estamos condenados a repetir un presente eterno. ¿O será que el aguardiente que he bebido almorzando en el mesón se me ha subido nuevamente a la cabeza?

¡Oiga! —me interroga don Tarquino—. ¿Recuerda cuántas semanas necesita el banano para ser cortado? ¡Lo olvidé! ¡Discúlpeme! ¿Aún estás borracho, chico? Un poco, don Tarquino. ¡Pos yo mucho! Nos lanzamos una larga carcajada y no sé por cuánto tiempo estuvimos riendo, hasta que él unió los labios y arrugó el entrecejo, como cuando parece que se va a decir algo importante: hoy, más allá de los chorros, iremos a pescar tilapias.

Cuando fui con don Tarquino al estero pesqué trece tilapias. Él se sentó en la yerba para hacer, según sostenía, un reparto racional: como yo soy el dueño de la charca me quedará con once pescados, a ti te tocan dos.

Me comentaron—Antonio, el hijo mayor de don Presbiterio, parece llevar en el rostro la angustia y soledad de Edvard Munch—que fue una gran fiesta. La Luli, mi mujer—continúa hablándome—, todavía no se puede levantar, por eso no estuve en la boda de mi hermana. Con Luli—se le quiebra la voz—me casé hace veinte años y no tenemos

retoños. Pero no hablemos de temas tristes, mejor le contaré gratis dos secretos: hay que deshojar la planta de banano todos los martes y miércoles; y el hombre que sujeta un hierro tiene que ser como el hierro, jamás debe dudarle el brazo.

Antonio se seca una lágrima, y como le empieza a temblar la mano, insulta y lanza con rabia el objeto que sostiene. Es más bajo que don Presbiterio, tampoco tiene su corpulencia, pero si esa idéntica manera de hablar que lo hace parecer un sabio.

Cuando viaje y vea campos de banano—más tranquilo, Antonio, continua —con hojas secas y manchadas de un gris-amarillo, no piense que están maduros, están enfermos. Y la culpa es de quien lo cuida, como todo en la vida. Cuando se permanece vigilante, apenas brotan las vetas grises en la hoja del banano, uno solo corta el pedazo enfermo. Pero como vamos por el mundo egoístas y con la boca abierta esperamos a que toda la hoja se enferme para amputarla. Para eso es el deshoje. Hay que limpiar la maleza para evitar la plaga. El vivir debe ser un continuo deshojar. Yo no lo hice con la Luli, por eso la diabetes y la hipertensión le jodieron los riñones. ¿Ha visto la carretera? ¿Qué tal le parece? Ya no es agua y lodo, ¿cierto? Ahora hemos ganado rapidez—Antonio suspira—, pero la gente se muere muchísimo. Hace dos semanas una chica salía de un motel en un taximoto cuando un camión la embistió. Chofer y muchacha perdieron brazos y piernas. ¡Vaya desgracia que a uno lo metan en una caja y lo entierren incompleto! Sígame, joven, fíjese—Antonio, brusco, interrumpe su introspectiva y señala su plantación—, el plátano y el banano se distinguen por la hoja. Antonio Mendoza se adentra en una estampa verde por un ceñido sendero que conecta a una selva de frutos castaños. Hay dos tipos de cacao aquí—continúa—, el nacional y el de arbusto. El nacional es de aroma fino, su mata es alta y da menos frutos que el de arbusto, pero su sabor es maravilloso. Justo aquí nació la riqueza de los Mendoza. ¡Viejo Willy! ¡Alcázame el gallito de enzunchar! —Antonio le grita a uno de los peones—. Mi abuela tenía diecisiete años cuando trabajaba de cocinera en la Tropifrutas. Mi abuelo, Anastasio Mendoza, era un gallo viejo al que le gustaban las pollitas, por ese entonces estas tierras tenían pocos patrones. De su idilio nació Presbiterio Mendoza, mi padre, que por

más que mi abuelo quiso ocultarlo no pudo, porque se parecían hasta cuando estornudaban. Es verdad eso que dicen que los hijos negados salen igualitos. Cuando murió Anastasio Mendoza, para el enfado de sus quince vástagos reconocidos y sorpresa de mi abuela, le dejó esta finca de cinco hectáreas a mi padre, así lo dejó claro en su testamento, quien desde los catorce se dedicó a trabajarla y ya ve usted todo lo que logró. ¡Viejo Willy! Lleve al joven al merendero que ya lo he cansado de tanta palabra y diga que también es mi invitado.

Me despido de Antonio y me marchó hacia el comedor con Viejo Willie, que tiene las manos pétreas, ásperas, llenas de faena y que para nada es un viejo.

Confundido entre sus trabajadores encuentro a don Presbiterio merendando a la sombra de unos árboles de mango. Joven—me dice—, hace mucho que dejé todas mis fincas en manos de mis hijos. Pero, yo hice todo esto, ¿se lo contó Antonio? Cuando uno se hace anciano necesita de sus herederos para levantarse y caminar, lo mismo le ocurre al banano, hay que enzuncharlo: se atan las plantas que por el peso del racimo se están cayendo a otras que todavía por ser jóvenes se mantienen firmes. Para eso se usa el gallito que sostiene usted, sirve para cortar el zuncho—yo llevaba en la mano un regalo que me hizo Antonio—. No busque todas las respuestas en los libros, mejor búsquelas en la tierra.

Es lunes. Voy camino a Guayaquil. Cae la tarde y aun veo por la ventana del autobús el sol que agoniza en la lejanía. Cierro el cortinaje, reclino el asiento, busco la posición perfecta y cierro los ojos para seguir recordando mi más reciente aventura.

Sandra, una compañera de universidad, me invitó a su pueblo y me propuso que la acompañase a una boda en Naranjal, porque se casaba una prima suya muy lejana. Yo dije que sí, ignorando que sería un viaje inolvidable. El trayecto fue toda una travesía. El autobús que tomamos se averió en Puerto Inca, así que el resto del camino lo hicimos en un taxi que era idéntico, gracias a sus tantas luces, a una nave espacial. Paramos en una placa que anunciaba:

Bienvenidos a Cali Cando. Desde aquí—aclaró Sandra— hay que seguir a pie, espero que no te importe. Y te advierto, yo no poseo una finca, vivo en una pequeña parcela donde aún se construye una casa con terraza. Son solo diez minutos andando, pero para hacer más ameno nuestro recorrido—me sugirió— te voy a contar una historia: Antes de irse al otro mundo, don Cali, un próspero hacendado, temiendo que sus cincuenta hijos se mataran por líos de tierras, decidió vender sus terrenos por lotes. Vino gente de cada rincón del país a comprarlos, sobre todo manabitas, y se decidió que el recinto se llamara como su antiguo dueño: Cali Cando.

Los perros aúllan. Ya es de noche y escasas farolas iluminan una senda impregnada con olor a palo santo. Hay multiplicidad de ruidos y mosquitos voraces que se esconden entre las sombras. Aquí es, me asegura Sandra, en una noche que juraba fresca y tranquila; hasta que un hombre en un caballo rodante, rojo, de acero, estridente, se detiene junto a nosotros: ¿Conocen a Inés? De pronto, el grito de una muchacha cobra vida en la penumbra: ¡Juan! Disculpen—se excusa el jinete—. El corcel de metal se aleja con prisa hasta desaparecer. Quizá—Sandra frunce el ceño, muy enfadada—, ese es un ingeniero que trabaja en alguna finca de los contornos. Depredadores que conquistan a las jovencitas de alrededor con presunciones de amor eterno. Las pasean por los moteles de La Troncal o Puerto Inca y las traen puntual a casa con algún presente para que las madres no se enfaden. Este recinto está lleno de hijos de ingenieros. Te deseo un feliz descanso, mañana estamos de boda.

Los Mojados duermen y roncan por todos los sitios, yo me mezo en una hamaca de forma temeraria. Los niños que me rodean me observan con sonrisas sospechosas esperando una caída para reírse de mí. Mientras saco a pasear al infante que llevo dentro, reflexiono en lo siguiente: según don Presbiterio, un señor bonachón que acabo de conocer y que ya se fue a la cama, la muerte es otro nombre de la vida. Yo estoy de acuerdo con su idea y también con la de Sandra, que afirma que el presente es devorado por el futuro. Que la naturaleza es la secuencia infinita de un tiempo que

vuelve, una serpiente que forma un círculo mordiéndose la cola. La existencia—me dijo, antes de ir por unos bocadillos de atún—es como una ola del mar: parece ser la misma que aquella que la anticipó; sin embargo, en todas las que se repiten domina una diferencia. Cuando muera renaceré con otro nombre, con distinto aspecto, condenada a primigenias obligaciones y constantes afanes.

El banano, joven—don Tarquino hace su aparición agarrado del brazo de Sandra—, se corta entre diez a trece semanas y se le pone cintas para llevar el control del tiempo que tienen. Uno se guía por el calendario agrícola, según la semana, tal color de tira. Lo mismo pasa con las mujeres viejas. Si uno quiere saber la edad ... ¡Don Tarquino! Usted siempre se pasa con el alcohol—le interpela Sandra—, mejor váyase a dormir. Don Tarquino murmura una letanía y cuando se está yendo se gira para expresarme, según él, la última observación de la noche: a mi tío Flavio no le duraban las esposas, todas le salían corriendo en la luna de miel. Los chismosos cuentan que era porque tenía un miembro muy aventajado. De eso él le echaba la culpa a la partera, que le dejó demasiado ombligo. Es que esa tripa cuando se mete para dentro luego se convierte en picha. Hasta mañana joven, mañana lo espero, que duerma feliz.

Sandra y yo también hemos decidido marcharnos. Nos acercará su exnovio que a cambio me suplicó—yo prometí que lo iba a intentar—que convenciera a Sandra para que acepte su amor otra vez. Cuando volvimos a Cali Cando las bombillas de las chocitas y de las casas inacabadas de cemento empezaban poco a poco a extinguirse. Pero Sandra se guiaba implacable en la oscuridad, que otra vez olía a palo santo, mientras empezaban a chispear las primeras gotas de una lluvia que al final nunca prosperó.

Aquí en Cali solo hay caminos de polvo—comenta Sandra—. En estos lares son pocos los que tienen derecho a la opulencia, aunque veas infinitas montañas fecundas colmadas de verde. Quien va a Egipto a admirar sus grandes pirámides no piensa que alguien tuvo que acarrear las piedras, y que los reyes y amos no cargan piedras.

Residí por tres días en un lugar donde el bullicio de la tele no puede reprimir los sonidos de la noche. Donde una jovencita se casó un sábado de junio para que su madre la vea vestida de blanco desde el cielo. Donde puedes mirar las estrellas meciéndote en una hamaca imaginando que estás en una ola. Donde la filosofía más importante es el pacto que existe entre la tierra y el hombre y la mujer que la cultiva: madrugarla, trabajarla, dejarla dormir. Ciclo que se reanuda cuando el canto de los gallos y el olor a café y plátano asado anuncian otra jornada en los campos.

Don Presbiterio me dijo que los hombres hacen las mismas cosas todos los días y que son muy injustos entre ellos. Nunca estuve tan de acuerdo con alguien.

Mientras revisaba estas páginas me enteré que don Presbiterio Mendoza murió a causa del coronavirus. Quizá sus años le hicieron olvidar asuntos valiosos, como su receta para espantar todos los males: hervir en agua hojas de moringa, un poquito de jengibre y un limón partido en cruz.

Si quieres escuchar al autor, dale clic aquí:

<https://go.ivoox.com/rf/70125556>

